

Hildegarda de Bingen nació en 1098 y murió en 1179, en el por entonces Sacro Imperio Romano Germánico; su vida transcurrió, por tanto, a lo largo de casi todo el siglo XII, un siglo de gran vitalidad, colorido y bullicioso, místico y guerrero, estudioso y poético. Recorrámoslo con paso rápido y breve mirada, para encontrar en él a quien fuera conocida como la Sibila del Rhin².

Las ciudades y la cultura urbana

Alejado el peligro de las invasiones bárbaras, los reinos de Europa se preparan para vivir un tiempo de paz y de prosperidad. El resurgir de las ciudades genera un nuevo espacio para una forma de vida diferente, y para gente nueva, también. Los caminos que vinculan las ciudades son ahora recorridos por los trovadores cuyas canciones acercan

¹ Egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UCA con los títulos de Profesora (1966) y Licenciada (1973). Ha dictado en la carrera de Filosofía las Cátedras de Historia de la Filosofía Medieval, Latín y Griego (como Prof. Asistente) y en Ciencias de la Educación es Titular Ordinario de Historia de la Educación Antigua y Medieval. Es Personal de Apoyo a la Investigación por el CONICET (categoría Profesional Principal), y en ese carácter ha trabajado en los Centros de Filosofía de la Naturaleza (UCA) y el de Estudios Medievales (UBA) y en el Instituto de Estudios Grecolatinos (UCA). Ha publicado libros y artículos en las temáticas indicadas, y actualmente está enteramente consagrada al estudio de santa Hildegarda de Bingen.

² Epíteto que le habría sido aplicado por el eclesiástico Enrique de Langenstein, quien en una carta (1383) a su amigo Eckardo von Dresch se refería a Hildegarda como *Sibylla Theutonicorum*.

las noticias –los amores venturosos o desdichados y las hazañas– de los caballeros ausentes; por los carromatos de los mercaderes que generan y satisfacen demandas para la gente de toda extracción social; por el clero en sus giras de predicaciones o acudiendo a sínodos y concilios; por los alegres juglares que entretienen a los habitantes de los poblados en las plazas o durante los días de mercado; por los caballeros y sus escuderos en afanosa busca de aventuras... Las ciudades mismas se manifiestan como realidades bien diferentes de los feudos con sus castillos y su campesinado, o de los monasterios y las abadías con sus tierras trabajadas por los siervos; los habitantes de las ciudades son el clero secular, y también los miembros de una burguesía incipiente: los comerciantes y los artesanos³. Finalmente, recorriendo los caminos, o poblando las ciudades, encontramos a los estudiantes, a los ruidosos goliardos⁴ y, a veces, a sus maestros.

[Esta nueva vida urbana con todo lo que conlleva, y la seguridad en los caminos, influyen por una parte, y posibilitan por otra, la ajetreada vida de Hildegarda y sus giras de predicación, como así también la extraordinaria difusión de sus obras en los principales centros europeos.]

Pero no todo el mundo conocido disfrutaba de esa paz, no todos los caminos eran seguros. En el siglo XII se llevan a cabo las Cruzadas⁵, con el propósito de liberar a Tierra Santa de manos de los infieles sarracenos: las armas han trasladado al Oriente sus metales y el color de la

³ Se produce una especialización del trabajo, y surgen las corporaciones de artesanos o gremios, con una estructura específica y un papel muy definido en la sociedad, y con fuerte repercusión en las costumbres y en la cultura.

⁴ Estudiantes rebeldes, casi anárquicos podríamos decir, que van contra todo orden establecido. Recorren Europa (principalmente el norte de Francia, el valle del Rin y Alemania) sin echar raíces en ningún lugar, cantando al amor, a los placeres de la buena mesa y el buen vino, y a todo fruto prohibido. Gozan haciendo alarde de su falta de urbanidad, escandalizan gustosamente a quien fuere, y las tabernas no tienen secretos para ellos (véase PAUL, Jacques. *Histoire intellectuelle de l'occident médiéval*. Paris: Armand Colin, 1973, p. 237-39 y LE GOFF, Jacques. *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona: Gedisa, 1986 (Colección "Hombre y Sociedad", Serie Mediaciones, 18), p. 39-47).

⁵ La segunda a instancias del monje cisterciense San Bernardo, y la tercera organizada por los Papas Gregorio VIII y Clemente III, con la participación de reyes de tanto renombre como Federico I Barbarroja, del Sacro Imperio Romano Germánico, Felipe II Augusto de Francia y el legendario Ricardo I Corazón de León de Inglaterra.

sangre. Sin embargo, y más allá de cualquier juicio histórico que podamos hacer hoy, lo cierto es que las Cruzadas también permitieron descubrir la cultura oriental: el refinamiento en las telas, las vestimentas, los cosméticos, los perfumes, la armadura liviana, el cuidado de los jardines, la decoración de la casa (sedas, tapices, almohadones, vajilla, iluminación), la buena mesa (modos de sazonar, especias, pastelillos y dulces en general, un orden en el desarrollo de los banquetes, la danza y los cantos como manera de amenizar)..., todo lo cual no sólo incidirá profundamente en las costumbres occidentales sino que, además, dará lugar a industrias nuevas y a un comercio en auge, con la lógica secuela de prosperidad para las ciudades y las naciones.

Pero también a partir de las Cruzadas la obra de los filósofos griegos (Aristóteles y Platón principalmente, aunque no solamente) estará a disposición de los estudiosos de Occidente, si bien no de manera directa: es habitual que las obras pasen primero por los traductores cristianos de Barcelona, Segovia o Toledo⁶, por los centros de Palermo, Venecia, Roma y Pisa, o bien por los comentaristas árabes y judíos, lo que acarreará no pocas dificultades, porque comúnmente los comentaristas no marcaban una distinción entre el texto original griego y su propia elaboración, en dependencia esta última de su dogma religioso y sus principios filosóficos. En este flujo de obras del pensamiento griego, pero también del árabe y del judío, llegarán producciones originales de estos últimos, mayoritariamente referidas al ámbito de las ciencias (el *quadrivium*: aritmética, geometría, teoría musical y astronomía).

[*El interés por la medicina, tanto en su aspecto teórico-científico cuanto en su aspecto práctico es una de las consecuencias del contacto con el pensamiento árabe, y una de las influencias que, al menos “ambientalmente”, recibe Hildegarda.*]

En este contexto (el resurgir de las ciudades, la formación de una clase media que se afirma, el aporte cultural de las Cruzadas) cobra vida lo que Le Goff⁷ llama “el intelectual”, el profesional del estudio y de la enseñanza. Hasta entonces la cultura había sido tarea de los hombres de la Iglesia, de los monjes, quienes se ocupaban de ella de diversas formas

⁶ Es digna de mención al respecto la actitud del arzobispo cisterciense francés Raimundo de Toledo (1125-1151), quien incentivó la labor de las traducciones de originales griegos y árabes al latín.

⁷ LE GOFF, J., *Ob. cit.*

y por diferentes motivos: el trabajo del *scriptorium* (corrección, reproducción y multiplicación de manuscritos muchas veces bellamente iluminados) proveía de material para el estudio en la escuela monástica, para el rezo de los Oficios, para el intercambio con otros monasterios cuando fuere necesario y, para quienes la llevaban a cabo, esta tarea tenía el valor del cumplimiento de la máxima benedictina *ora et labora* (reza y trabaja), o bien podía ser un modo de penitencia por las faltas cometidas. También estaba la docencia en las escuelas que funcionaban en dependencias del monasterio (con un alumnado que a veces estaba compuesto sólo por los novicios y los oblatos, aunque otras veces la enseñanza estaba abierta a alumnos externos); la intención era formar a los futuros miembros de la institución y, eventualmente, proporcionar al otro alumnado una cultura suficiente para el mayor aprovechamiento en la vida cristiana. Los monjes eruditos, por otra parte, escribían sus obras: historias, crónicas, compendios de teología y comentarios a la Sagrada Escritura, obras de apologética, etc. En todo caso y como se ve, no se trataba del cultivo del saber por el saber mismo, ni tampoco había allí una profesionalización de la actividad docente.

Por el contrario, el intelectual del siglo XII, el maestro escolástico, el clérigo⁸, es un hombre que ama el saber por el saber mismo: estudia, enseña, discute, se apasiona –hasta hacer del triunfo de su opinión una cuestión de vida o muerte– en el ámbito de la escuela de la ciudad (generalmente una escuela que funciona en dependencias de la catedral, y que por eso se llama escuela catedralicia). Tiene un número de alumnos mayor o menor según sea su fama –o su gusto por la polémica–, y recibe de ellos estipendio. A veces y por diversas razones se traslada de una escuela a otra, de una ciudad a otra, y puede darse el caso que sus alumnos lo sigan (un poco a la manera de aquellos maestros, también los primeros profesionales de la sabiduría y la educación en su tiempo –el siglo V a.C.–: los sofistas), generando con ello verdaderas corrientes migratorias que daban gran vitalidad a las ciudades y crecimiento económico a los reinos.

Así pues, la cultura monástica y la cultura escolástica –la cultura de las escuelas– se encuentran en el siglo XII, pero sólo para separarse.

En efecto, la cultura monástica –de inspiración fundamentalmen-

⁸ El nombre de "clérigo" se daba no sólo a quienes habían recibido las órdenes sagradas sino también a los maestros y a los estudiantes, significando con ello que estaban bajo la jurisdicción de la Iglesia, por ser de su competencia todo lo referente a la educación.

te benedictina (Montecassino, Cluny, Fulda, Reichenau, San Gall y otros)–, que ha conocido hasta entonces momentos de esplendor y otros de estancamiento, cuando no de declinación, brilla a principios del siglo XII con la reforma cisterciense llevada a cabo por san Bernardo de Claraval⁹. Es una cultura ciertamente letrada, cuyas manifestaciones todas giran en torno a un único libro: la Sagrada Escritura, y para un único fin: seguir a Cristo para la unión con Dios. Con la Biblia se reza, se medita, se contempla, se trabaja. Todo otro libro (los comentarios de los Padres de la Iglesia), todo otro conocimiento (las artes liberales¹⁰) tienen sentido en función del acceso y la mejor comprensión del libro sagrado. El saber más alto en esta cultura es la teología, conocimiento iluminado por la fe que versa sobre el objeto más excelso: Dios. En este contexto adquieren significativo relieve el argumento de autoridad, la *auctoritas*, como piedra de toque en la enseñanza y en la discusión; la orientación platónica en filosofía y la plena vigencia del plan de estudios agustiniano (*De Doctrina Christiana*, La cultura cristiana) y de la obra agustiniana en general, en la formación. No se da en la cultura monástica, por sus mismas características, la apetencia de nuevos conocimientos de carácter meramente especulativo sobre el hombre y el mundo (saber profano), y tampoco hay aprecio de literaturas que no estén inmediatamente referidas al fin de la vida religiosa.

La cultura escolástica, que se desarrolla en las escuelas catedralicias principalmente, comienza a manifestarse pujante en varias ciudades de Europa¹¹: Chartres, París (con sus escuelas de San Víctor y de Santa Genoveva), Orléans, Tours, Poitiers, Bolonia, Oxford, Montpellier, Salerno, Colonia, Maguncia, etc. Se dedica al cultivo de las artes liberales, que aquí son apreciadas por sí mismas, aunque la culminación de los estudios continúe siendo la teología. En algunas escuelas adquiere gran importancia la gramática (Orléans), en otras la dialéctica (París), en otras es la hora de las

⁹ El Cister surge en el año 1098; san Bernardo ingresa en el monasterio en 1112, y en 1115 es designado abad de Claraval (Clairvaux). En el capítulo general de 1119 se elaboran los estatutos de la nueva orden, confirmados verbalmente por el Papa Calixto II (1119-1124), y solemnemente por el Papa cisterciense Eugenio III (1145-1154).

¹⁰ Las artes liberales se dividían tradicionalmente en el *trivium* (gramática, retórica y dialéctica o filosofía) y el *quadrivium* (aritmética, geometría, música o teoría de la música y astronomía).

¹¹ Una especial concentración de la vida urbana intelectual se da en el territorio comprendido entre los ríos Loire y Rin.

ciencias (Chartres), el derecho civil da fama a Bolonia y la medicina a Salerno, pero en todas se afianza el método dialéctico, la tarea de la razón. La orientación filosófica predominante es aristotélica, y la actitud de los maestros es de gran avidez por conocer todo cuanto les ofrece la labor de los traductores desde España, o bien el pensamiento de los filósofos árabes, sus comentarios a la filosofía griega, o sus obras de medicina.

Aunque el siglo XII no presenta la sistematicidad del siglo XIII, ofrece en cambio una gran espontaneidad no carente de gracia y de elegancia: proliferan los trovadores y poetas latinos gustosos no sólo de la lengua latina, sino también de su historia y su grandeza. Hay un marcado interés por los temas mitológicos, los asuntos amorosos y las narraciones históricas, que se recrean en el contexto contemporáneo; el ciclo de romances llamados “De la Mesa Redonda” surge por entonces, aunque tomará su forma definitiva en el siglo siguiente. Lo mismo sucede con la leyenda de Tristán e Isolda, y no podemos olvidar el *Roman de Troyes*, de Benito de Sainte-More. Así, “los autores de esta época trataron a sus héroes como a seres vivientes, actuales, cuya existencia no hubiera estado fuera de lugar en la sociedad donde ellos mismos se encontraban [...]. A la Edad Media no le costaba nada imaginarse a Aristóteles, a Eneas o a Héctor en la sociedad medieval; su vitalidad arrasaba con las nociones de tiempo y de espacio”¹².

Durante el siglo XII y luego de la muerte de san Bernardo la cultura monástica, atraída cada vez más por el trabajo escolástico y abandonando su reclusión –tanto interior cuanto exterior– irá perdiendo su especificidad; la cultura escolástica, por su parte, florecerá y fructificará en las universidades del siglo XIII.

[Si bien Hildegarda es una religiosa benedictina formada en la cultura monástica, a la que responde con íntima convicción, no puede sustraerse de la vida que surge bullente en las escuelas, y a la temática que allí se plantea y que se discute en la Cristiandad. Recibirá consultas sobre cuestiones teológicas, y a su vez advertirá a algunos de sus interlocutores sobre la vana curiositas y los riesgos de la desmesurada avidez por saber.]

Las escuelas urbanas y los maestros

Las escuelas urbanas canalizan la cultura surgente, con sus diver-

¹² PERNOUD, Régine. *A la luz de la Edad Media*. Barcelona: Granica, 1983, p. 138.

sas problemáticas, sus maestros, sus obras y sus novedades.

Así, la escuela de Chartres se caracteriza por su orientación hacia los estudios científicos, sin que ello significara el descuido de los saberes humanísticos. La curiosidad, la observación, se dirigen a la naturaleza que describen –fenoméricamente hablando–, para luego construir racionalmente el conocimiento científico. Porque para ellos “la naturaleza es también el cosmos, un conjunto organizado y racional [...], una urdimbre de leyes cuya existencia hace posible y necesaria una ciencia racional del universo”¹³, en tanto las traducciones de tratados árabes sobre medicina, astronomía y astrología y matemáticas permiten el progreso de las ciencias naturales. Por otra parte, el progreso del conocimiento, unido a la mayor frecuentación de la obra lógica de Aristóteles (en traducciones de Boecio pero también de los árabes), dan a los chartrianos la medida del poder de la razón humana y la consiguiente centralidad del hombre (microcosmos) con respecto al mundo (macrocosmos). Figuras señeras en esta escuela fueron Bernardo de Chartres, Gilberto de Poitiers, Teodorico (Thierry) de Chartres y Bernardo de Tours (también conocido como Bernardo Silvestris).

[La escuela de Chartres, con sus inquietudes científicas y el acento puesto en los temas cosmológicos –en especial la concepción de macro y microcosmos– tendrá una notable influencia en la obra de Hildegarda. Por otra parte, es justamente sobre una tesis de uno de sus maestros, Gilberto de Poitiers –cuestionada en el concilio de Reims–, que será consultada por Odo de Soissons, quien ya conocía su obra musical en París, y tenía noticias de su primera gran obra Scivias (Conoce los caminos del Señor) y de la aprobación que mereciera del pontífice Eugenio III.]

La escuela de San Victor en París, formada por los canónigos regulares de la abadía de San Victor –escuela claustral–, manifiesta su predilección por las disciplinas que configuran el *trivium* (gramática, retórica y dialéctica), al tiempo que sobresale por su dedicación tanto a los escritores de la Antigüedad clásica cuanto a los Padres de la Iglesia. Humanista en los estudios, agustiniana en su concepción del mundo, sus maestros se caracterizan por una vida espiritual que impregna toda su obra, logrando un atinado equilibrio entre piedad y razón. Entre sus maestros recordamos a Guillermo de Champeaux, Hugo de San Victor y

¹³ LE GOFF, J., *Ob. cit.*, p. 60.

Ricardo de San Víctor.

Las escuelas de París son: la escuela de Adam de Balsham y los adamitas o *parvipontani* (la escuela estaba próxima al Petit-Pont); la escuela catedralicia de Notre-Dame y la escuela de la abadía de Santa Genoveva, en todas las cuales se estudiaba con gran dedicación el *trivium*, la cultura clásica y la teología. Pero el astro que brillaba con fulgor propio y creciente era la dialéctica –conocimiento filosófico y arte de la discusión–, palestra de grandes justas en la vida parisina del siglo XII, entre las que destaca la querrela de los universales. Entre los maestros que sobresalieron en estas escuelas recordamos a Pedro Abelardo, quien fuera eximio maestro de dialéctica y derrotado adversario de San Bernardo, aunque tal vez las rumorosas calles de París también susurraran por ese entonces la historia de los desventurados amores del maestro y su alumna, de Abelardo y Eloísa.

En cuanto a los maestros, queremos referirnos a algunos que lo fueron no sólo desde la cátedra, sino también a través de su obra escrita. Tal el caso de Honorio de Autun, sacerdote y maestro en la escuela de Autun, quien se retiró posteriormente a un monasterio benedictino –la abadía de Saint-Jacques– cerca de Ratisbona (sur de Alemania), donde escribió numerosas obras, en las que se muestra buen compilador, y que alcanzaron gran difusión durante el Medioevo¹⁴.

[El pensamiento de Honorio de Autun presenta puntos de vista de alguna manera coincidentes con el de Hildegarda; en muchos aspectos platónico y neoplatónico, y en otros de sorprendente actualidad en cuanto a los planteos.]

También mencionamos a Juan de Salisbury, quien estudió en Chartres y en las escuelas de París con los maestros más famosos de su tiempo. Fue secretario de Teobaldo, arzobispo de Cantorbery; consejero del Papa Adriano IV; secretario de Tomás Becket y desterrado luego del asesinato del arzobispo; obispo de Chartres en 1176 hasta su muerte.

[Juan de Salisbury conoció y apreció en París algo de la obra de Hildegarda, y escribe pidiendo otras obras que desea estudiar. París conocía, al igual que Colonia y muchas otras importantes ciudades, la producción de la abadesa de Bingen.]

¹⁴ Jacques Paul señala su influencia en Hildegarda de Bingen (*Ob. cit.*, p. 182).

La reacción monástica ante la cultura urbana

Era inevitable: demasiadas diferencias entre esos dos mundos, dos modos de vida y de trabajo, tradicional uno de ellos pero con renovado fervor en ese siglo, e irrumpiendo vigorosamente joven el otro. La reacción monástica está encarnada fundamentalmente por los monjes cistercienses.

En efecto, los monjes blancos estaban abocados no sólo a una reforma monástica acorde al espíritu del Papa Gregorio VII, sino también a la sistematización de la mística y a la producción de una literatura de edificación (son señeras al respecto las figuras de san Bernardo de Claraval, Pedro el Venerable y Aelredo de Rievaulx, entre otros), todo lo cual poco o nada tenía en común con los intereses de la escolástica. No se trata de una oposición al estudio, ni al saber –los grandes representantes de la cultura monástica de entonces eran personas muy cultas–, pero sí a la importancia dada por los escolásticos a los estudios seculares, y a la prosecución de los mismos como fin. Por otra parte, también estaba en juego la reivindicación del conocimiento por vía de fe y de autoridad frente a una razón dialéctica que pugnaba por abrirse paso, cada vez más, incluso en el saber teológico (que resultaba así equiparado a las artes liberales). Es en este ámbito que se inscribe la famosa polémica entre san Bernardo y Abelardo, y también las impugnaciones y las condenaciones promovidas por san Bernardo y por Guillermo de Saint-Thierry contra Gilberto de Poitiers, Guillermo de Conches y otros. No falta en la actitud de los cistercienses cierta reacción ante la novedad aristotélica, aportada y trabajada por los pensadores árabes y judíos, y también ante la literatura amorosa de la época, que comienza a instalarse en algunas escuelas como la de Orléans.

La filosofía, ya sea entendida como un método de trabajo, ya sea como la aplicación generalizada de conceptos y categorías propios de ese saber a todo saber (y específicamente a la teología), es resistida –o muy desconfiada al menos– también por maestros de diversos ámbitos religiosos.

La vida de la Iglesia

De entre las varias órdenes religiosas que tienen bien ganada presencia en la Europa medieval, sólo mencionaremos –en función de elaborar un contexto para Hildegarda de Bingen– la tradicional y siempre vigente vida monástica benedictina encarnada en Cluny, junto a la cual el siglo XII ve surgir con arrolladora fuerza la orden del Císter.

Cluny fue fundado en el año 910 por el duque-trovador

Guillermo de Aquitania, y puesto bajo la regla benedictina, cuya adaptación a los fines y usos del monasterio fue definitivamente codificada por el abad Hugo (1048-1109). A partir de entonces comenzó un proceso de expansión que incluyó no sólo la fundación de monasterios dependientes de la casa central, sino también la vinculación con monasterios que adoptaban con mayor o menor fidelidad las prácticas cluniacenses: Aurillac en Auvernia, Hirsau en la Selva Negra alemana, por nombrar dos de los más importantes. Pedro el Venerable, quien gobernó Cluny entre los años 1122 y 1156, es una de sus figuras sobresalientes. Los monjes de Cluny se destacaron por su amor y su dedicación a la oración y a la liturgia –que fue creciendo gradualmente en importancia, hasta casi desmesurarse y convertirse de hecho en su única ocupación–, y es en función de esta última y como necesaria preparación que los estudios tuvieron un lugar en la vida cotidiana.

Por su parte, el Císter surge (año 1098) en un momento de gran apogeo de Cluny y, de alguna manera, intenta ser un retorno a las fuentes de la monástica benedictina; prontamente, y gracias a la vigorosa figura de san Bernardo de Claraval, alcanza notable difusión. El Santo enrostra a los cluniacenses el abandono de la pobreza y de la austeridad de la vida monástica, según lo muestran los edificios de los monasterios y el ornato de las iglesias, que san Bernardo no considera como obras de arte dedicadas al culto divino, sino como manifestaciones de ostentosa vanidad. Las iglesias cistercienses eran de líneas sobrias, sin campanario ni adornos, y sus monasterios estaban rodeados de grandes extensiones de tierras que los propios monjes trabajaban (*ora et labora*). También la liturgia se alejó del exceso de textos literarios (himnos, secuencias y responsorios rimados) y cantos para centrarse en los textos bíblicos.

[Hildegarda es una religiosa benedictina profundamente signada por la cultura y la liturgia benedictinas; por la práctica de la lectura y la meditación; por el rezo cantado de las horas; por el esplendor de las iglesias. Su obra musical contribuyó a enriquecer las funciones litúrgicas de la época. Sin embargo, mantiene estrechas relaciones –sobre todo epistolares– con los cistercienses, animada por el aval que significaron para ella la recomendación de san Bernardo y las disposiciones del Papa cisterciense Eugenio III.]

En cuanto al clero, las medidas tomadas por diversos pontífices, así como los juicios de figuras señeras del ámbito monástico, nos dan una idea de su situación en esta época.

Hacia el año 1020 un sínodo celebrado en Pavía bajo la presiden-

cia del Papa Benedicto VIII y el emperador Enrique II subrayó la obligatoriedad del celibato eclesiástico y dictó resoluciones condenando la simonía. Del mismo tenor fueron las disposiciones dadas por los sínodos reunidos en Pavía, Reims y Maguncia en tiempos del Papa León IX (...1054), y en Florencia bajo el Papa Víctor II y el emperador Enrique III. Un sínodo reunido en Letrán (año 1059) por el Papa Nicolás II añadió a las disposiciones antedichas la prohibición, para los fieles, de asistir a las misas de los sacerdotes que no observaran el celibato, lo que equivalía prácticamente a una excomunión; también aconsejaba para los sacerdotes la vida en común, lo que con el tiempo dio origen a comunidades de clérigos, y a la orden de los canónigos regulares de San Agustín¹⁵. También su sucesor Alejandro II se vio obligado a luchar contra los clérigos simoníacos y los incontinentes, y recomendó a los sacerdotes la observancia de la pobreza evangélica. En el año 1073 asume el trono de Pedro Gregorio VII, quien continúa con gran fuerza el movimiento de reforma de las costumbres del clero, actitud reforzada luego por Urbano II (1088-1099).

En términos generales, el clero no era ni demasiado instruido ni demasiado formado; tampoco el cuidado de las almas era su preocupación más importante, ni le causaba desvelo alguno. La presencia de los canónigos regulares, la actividad de las escuelas catedralicias y la efervescencia espiritual de las órdenes monásticas contribuyeron a cambiar la situación.

[Esta situación del clero será motivo y tema de visiones, predicaciones y cartas de Hildegarda, quien les enrostrará su falta de pureza, su venalidad y su absoluta despreocupación con respecto al cuidado del pueblo, a quien debían instruir y acompañar. Lo llamativo es que eran los obispos y el mismo clero quienes pedían a la abadesa sus palabras y luego, el testimonio escrito de las mismas.]

De lo dicho anteriormente se desprende la importancia que estaba cobrando por entonces el tema de la pobreza.

La pobreza a la que nos referimos no es la de una clase social determinada, ni la de los que por su miseria extrema están al margen de toda categorización; cuando decimos "pobreza", aludimos a quienes han elegido ser pobres: peregrinos, monjes, eremitas, penitentes... En realidad,

¹⁵ Comunidad sacerdotal regida por la Regla de San Agustín, que durante el siglo XII comenzó a plasmarse en diversas iglesias. Entre las más famosas se cuenta la de San Víctor, en París.

no se trataba sólo de no poseer bienes, porque aquí estaba también en juego la humildad, la actitud de servicio, el anonadamiento, y todo ello por una motivación religiosa. Jacques Paul ve al poderoso, y no al rico, como contrario al pobre¹⁶. Cluny acentuó la pobreza como un despojamiento interior, que era condición para la adquisición de las virtudes: sólo en la renuncia a sí mismo podría el hombre poseer a –o ser poseído por– Dios. No había contradicción alguna con la riqueza en el ornato de las iglesias, para el culto a Dios. El Císter, por el contrario, entendió la pobreza también en su realidad material, la entendió al pie de la letra. La desconfianza de sí mismo, la renuncia al poder, la huída del mundo, el espíritu penitencial, la entrega a Dios en la imitación de Cristo son algunos de los motivos aducidos, o experimentados. El clero, que vivía en el mundo y se veía forzado a manejarse también con sus criterios, sucumbió muchas veces a lo que se manifestaba como las antípodas de esa pobreza, y se encontró acumulando riquezas, anhelando poder, y olvidando todas las renunciaciones a las que su estado le obligaba, para servir mejor. Los pontífices, y principalmente los provenientes de las congregaciones benedictinas, supieron ver el problema y buscarle remedio, como ya hemos señalado.

[Por influencia de este movimiento en favor de la pobreza, Tengswich, superiora de las canonisas de Andernach, cuestionó a Hildegarda por admitir en su monasterio tan sólo a jóvenes de la nobleza, a lo que la abadesa respondió fundamentando su actitud en la división de clases sociales tenida como de origen divino, establecida por Dios.]

Otro de los elementos que configuran la vida de la Iglesia en el siglo XII son los eremitas, quienes surgen por entonces pero no ya al modo de los eremitas egipcios (un retiro individual, en el desierto), sino habitando una celda en la proximidad o junto a la iglesia de algún monasterio cuya disciplina comparten, al tiempo que participan también de los oficios religiosos. En la celda podían vivir dos o más incluso; una ventana los comunicaba con la iglesia, una reja les permitía alguna conversación con el mundo, y en consonancia con el espíritu benedictino tenían también una huerta de dimensiones variables.

[Hildegarda pasó los años de su juventud en una celda, junto a la inclusita Jutta von Sponheim, su maestra y formadora, a quien sucedió como superiora

¹⁶ PAUL, J., *Ob. cit.*, p. 172.

de la que ya era una pequeña comunidad benedictina, en San Disibodo.]

Y no podemos dejar de mencionar las herejías, que se explican, principalmente, a partir de la efervescencia religiosa generada a nivel popular por las Cruzadas, por una parte; por la importancia dada a la pobreza por la orden del Císter; y, finalmente, por la incultura religiosa del clero y del pueblo.

Una de las herejías más difundidas –y más conocida para nosotros gracias a la novela de Humberto Eco, *El nombre de la rosa*– es la de Joaquín de Fiore (1145-1202), monje cisterciense, abad de los monasterios de Corazzo primero, y de Giovanni de Fiore después, quien presenta una visión escatológica del mundo, a verificarse en su época. Siguiendo pautas tradicionales y aplicando el método de la concordancia, presenta el tiempo del Antiguo Testamento como manifestación del Padre, y desde el advenimiento de Cristo hasta el siglo XIII como revelación del Hijo; viene ahora el tiempo del Espíritu Santo, que será el de la revelación espiritual del Evangelio y la transfiguración del mundo y de los hombres. Cada época tiene igual duración: cuarenta y dos generaciones, y atraviesa por sucesivas etapas que abarcan la iniciación, la plenitud, la fructificación y la crisis. Y cada época da lugar a un tipo de hombre que la encarna: la primera, que más sabe del temor que del amor a Dios, es una época de escasa espiritualidad, y está representada por los hombres casados; la segunda, de la obediencia filial a Dios, se realiza más plenamente en el clero; finalmente la tercera, que estará sellada por la libertad de los hijos de Dios en el amor, vivirá en las nuevas órdenes monásticas, cuyo remoto precursor es san Benito. Sus seguidores partieron de estas afirmaciones para proclamar la caducidad de las instituciones y de la Iglesia como tal en la tercera época, y poco a poco fueron sumando nuevos elementos, como ser el reemplazo del Evangelio de Cristo por un nuevo Evangelio producto de la revelación espiritual por el Espíritu Santo, y la irrelevancia de las buenas obras ante la salvación por la vida espiritual.

Pero los herejes de mayor incidencia en su época fueron los cátaros o albigenses, un movimiento originado en la ciudad de Albi (sur de Francia), cuyos adeptos profesaban la creencia en un principio del bien y otro del mal, incurrían en el desprecio del mundo¹⁷, y eran hombres de

¹⁷ Dentro del movimiento hubo dualistas mitigados que, al tiempo que admitían un único principio bueno y creador del mundo –Dios–, hablaban de una caída de todo el mundo material en el pecado, por un accidente fortuito. Este tema del dualismo fue motivo de divisiones dentro del albigenismo.

una proclamada pureza absoluta que combatían fieramente al clero y sus por entonces relajadas costumbres. Tuvieron seguidores entre la clase media, las mujeres y también entre cierto clero de las campiñas; es más, algunos nobles los dejaron actuar con simpatía hacia su causa.

Decían apoyar su doctrina en las Sagradas Escrituras, principalmente en el Nuevo Testamento, del que derivan sus prácticas ascéticas. Admitían un único sacramento, el *consolamentum*, una vez recibido el cual debía llevarse una vida irreprochable en pobreza y castidad; por eso, el sacramento sólo podía administrarse a los “perfectos”, quienes eran además los únicos habilitados para predicar y enseñar la fe. Se pronunciaban contra el bautismo, el sacramento de la Eucaristía, y eran contrarios al matrimonio. Su rechazo de la materia y del cuerpo los llevaron a afirmar, prácticamente, la inevitabilidad del mal, que no se debía a una acción voluntaria sino a la naturaleza corporal del hombre; la vida era entonces una lucha (la práctica ascética) para liberarse del cuerpo y poder acceder a la vida según el espíritu.

[*Las giras de predicación de Hildegarda también tuvieron como objetivo combatir la herejía de los cátaros, que tanto avanzaba en el Sacro Imperio Romano Germánico, e instruir al pueblo para evitar que cayera bajo el hechizo de los “perfectos”. También supo reprochar al Papa Anastasio IV su desidia al respecto.*]

La Iglesia y el Imperio

Desde el siglo XI era práctica establecida y reconocida que el Sumo Pontífice fuera elegido por el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico¹⁸, práctica que subsistió hasta la elección del abad benedictino de Montecassino, Federico de Lorena, quien en 1057 asumió el trono pontificio con el nombre de Esteban IX. El sucesor de Esteban, Nicolás II (1059-1061), convocó un sínodo en Letrán, tratando entre otros temas de gran importancia para la vida eclesiástica, el tema de la elección papal: sólo los cardenales podrían actuar en tal sentido, y al clero en general y al pueblo romano solamente les cabría manifestar su aprobación, cuando conociesen los resultados de la elección. En cuanto al emperador y como medida de respeto, se le comunicarían igualmente y también *a posteriori*.

¹⁸ Parecía ser ésta la única forma de lograr paz y orden en un ámbito –la elección del Papa y el poder que el cargo conllevaba– que se disputaban los condes de Túscolo y la patricia familia de los Crescencios, que ponían y deponían Papas a su arbitrio.

En el sínodo también se tocó otro punto álgido: los clérigos sólo podían aceptar cargos eclesiásticos y la investidura que los significaba de manos de la autoridad eclesiástica, y en ningún caso de un seglar¹⁹. Este tema dio lugar a la famosa “Querrela de las Investiduras”, que confrontó al Papa Gregorio VII con el emperador Enrique IV: el emperador depuso al Papa, éste lo excomulgó, sobrevinieron una serie de episodios, y así siguieron las cosas (Papas y antipapas) hasta la muerte de Gregorio VII en 1085. Vinieron luego otros pontífices benedictinos, mientras en el Imperio Enrique IV era obligado a abdicar por su segundo hijo, Enrique V. El Concordato de Worms²⁰, celebrado en 1122 entre el Papa Calixto II y el emperador, puso fin a la disputa.

Pero ya entrado el siglo XII (en 1153) volvieron los problemas, cuando el Papa cisterciense Eugenio III (1145-1153)²¹ firmó el tratado de Constanza con el rey de Alemania Federico Barbarroja, ofreciéndole la coronación imperial a cambio de protección contra los enemigos: los rebeldes romanos –encabezados por el clérigo Arnaldo de Brescia– y los normandos. Era, de alguna manera, caer nuevamente en la situación de protectorado que arrancaba de la época de Carlomagno, y no fue un buen acuerdo. Sus consecuencias las padecieron los pontífices que le sucedieron: el Papa Anastasio (1153-1154) quien, a pesar del rechazo de su antecesor Eugenio III, confirió el cargo de arzobispo de Magdeburgo –uno de los cargos más codiciados– al obispo Wichmann, protegido del emperador (quien había ejercido grandes presiones al respecto)²². También el

¹⁹ Es un tema particularmente difícil, por cuanto los obispos eran también príncipes del Imperio, con tierras, hombres y bienes: con poder y lealtades que, en determinadas circunstancias, podrían encontrarse divididas.

²⁰ El emperador renunciaba a la investidura, pero dentro del territorio del Imperio se le permitiría asistir a las elecciones de los dignatarios eclesiásticos y participar, en los casos de elección dudosa. Una vez llevada a cabo la elección, al emperador correspondería la investidura del elegido, con todos los privilegios y obligaciones.

²¹ Casi en seguida de su nombramiento salió de Roma –convulsionada a raíz de las revueltas entre dos familias predominantes: los Frangipani y los Pierleoni, que se disputaban el nombramiento de los Papas en alianza con diversos príncipes– y durante casi todo su pontificado residió en Francia.

²² Según acota Gouguenheim (*La Sibylle du Rhin. Hildegarde de Bingen, abbesse et prophétesse rhénane*. Paris: Publications de la Sorbonne, 1996, cap. III), era la primera vez desde Enrique V (1106-1125) que el papado cedía ante el poder político y dejaba en manos del emperador la composición del episcopado alemán, lo cual implicaba la violación del concordato de Worms (1122),

Papa inglés Adriano IV (1154-1159), quien el 18 de junio de 1155 (un mes después de la captura y ejecución de Arnaldo de Brescia) coronó a Federico Barbarroja²³, quien había bajado de Alemania a Roma en 1154. Pero luego, ante el poder cobrado por el emperador, el Papa y la curia firmaron un concordato con el rey Guillermo I de Sicilia (Benevento, 1156), que aseguraba al Papa el homenaje del rey normando, a cambio del reconocimiento papal de su título de rey, que así quedaba legitimado. Por otra parte, el papado apoyó a ciudades del norte de Italia que eran hostiles al emperador –Milán particularmente–. Federico Barbarroja reaccionó violentamente y logró someter a Milán en 1158. Exigió entonces a los obispos italianos un juramento de fidelidad, lo que hizo que Adriano considerara la posibilidad de excomulgarlo, pero murió antes de concretar la sanción, cosa que sí hizo su sucesor, Alejandro III (1159-1181), contra quien el emperador sostuvo al antipapa Victor IV –apoyado por el conjunto de los preladados alemanes–, a cuya muerte eligió a Pascual III y luego a Calixto III, hasta que se reconcilió finalmente con el Papa en 1177 –la paz de Venecia–, luego de sufrir serias derrotas en Italia, ante la Liga Lombarda.

[Esta situación de enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado trajo no pocos sinsabores a Hildegarda, entre los que se cuentan el distanciamiento del emperador Federico Barbarroja –quien no obstante siguió siendo su protector–, y el enfrentamiento con parte del clero y de sus obispos que, por motivos espúreos, apoyaron al emperador y se mostraron partidarios de los antipapas elegidos por él. El contenido y la forma de las cartas de Hildegarda a los cuatro pontífices y al emperador encuentra su explicación en los episodios narrados]

La consideración de la mujer

El siglo XII, que en tantos aspectos se nos presenta como un escenario privilegiado en el que hacen su aparición novedosos personajes y doctrinas, o bien cobran nueva vigencia teorías antiguas y formas de vida ya existentes, también nos aporta una revalorización de la figura de la mujer, que tan necesaria se hace frente a la muy negativa prédica de los cátaros.

que había terminado con la famosa “querrela de las investiduras”. La actitud del Papa debilitaba el poder de la Iglesia.

²³ El emperador, en cumplimiento del tratado de Constanza, había puesto fin a la república romana y a la rebelión de Arnaldo de Brescia protegiendo así al papado; correspondía ahora al Papa cumplir su parte, ungiéndolo emperador.

Por eso, en el siglo de los caballeros la Virgen María es su invocada Dama y también de los monjes (muchos de los cuales, no lo olvidemos, provenían de la nobleza); es la Reina y Madre de misericordias, según la proclama san Bernardo de Claraval, el Doctor de Nuestra Señora. Su glorificación, todas sus prerrogativas están fundadas en su maternidad divina: es la Madre del Rey, del Emperador, del Todopoderoso, del Justo Juez, pero también del Cordero de Dios. Por esa maternidad es proclamada Reina de cielos y tierra, Abogada, Auxilio, Refugio, Consuelo, Señora y dulcísima Mediadora...; poco se habla por entonces de la “esclava del Señor”. San Anselmo de Aosta (1033-1109) le dedica un poema que resume todos estos conceptos²⁴, los que desarrollará luego san Bernardo con el vuelo de un místico y la sabiduría de un teólogo. Finalmente, como dice Enrique Bagué: “Y si la Virgen era venerada y amada en aquella sociedad, ¿cómo no habían de serlo las mujeres?”²⁵

[La Virgen María ocupa un lugar de privilegio en las obras de Hildegarda, en el contexto de la historia de la salvación por el Verbo encarnado, pero también como figura femenina paradigmática, y como aquella en quien queda redimida la otra, primera mujer: Eva.]

El amor cortés es el otro amor de los caballeros, a su otra dama; es el amor cantado por la poesía trovadoresca, el amor que transcurre en el ambiente de la nobleza, un amor que de alguna manera nos recuerda el amor profano que en el siglo XVI el Tiziano opondrá al amor sagrado.

Este amor expresa una idealización –y la consiguiente veneración– de la mujer²⁶, de la dama, que es objeto de inspiración para los trovadores, y para su amado es el objeto de todos sus desvelos. Pero lamentos, súplicas y la hazaña de una voluntad rendida ante todo y cualquier querer de su señora no la hacen menos inaccesible, ya que sólo de ella depende la concreción de un amor que presenta múltiples facetas, entre las que se cuenta el hecho de ser casi siempre prohibido²⁷ y de infe-

²⁴ “Plegaria a la Virgen”. En: HERRIN, Judith (ed.). *Miscelánea medieval*. Intr. De Emmanuel Le Roy Ladurie. Barcelona: Grijalbo, 2000, p. 176.

²⁵ BAGUÉ, Enrique. *Edad Media. Diez siglos de civilización*. Barcelona: Luis Miracle, editor, 1942, p. 142.

²⁶ Pero también hay en este amor una gran sensualidad, que los poetas expresan sin eufemismos.

²⁷ Se trata de un amor adúltero, puesto que la norma en el amor cortés es que el amor no

liz desenlace. El amor cortés reinó en cortes como la de Champagne, en la que André le Chapelain compuso su *De arte amatoria* o *Tractatus amoris* (Tratado sobre el amor), o la de Aquitania, con Guillermo IX –primer trovador conocido– y con su nieta Leonor, la Reina de los trovadores. Curiosamente, también por entonces se produce la introducción de la figura de la Dama o Reina en el juego del ajedrez, con la posibilidad de movimientos y el poder que conocemos²⁸.

El sentir de la Iglesia, no ya con referencia a la Virgen María, ni a la idealizada dama de los caballeros, sino a la mujer cotidiana y desde diversas consideraciones, aporta testimonios que señalan la vigencia –si bien no absoluta ni universal– de un concepto de la mujer muy diferente del que comúnmente se le atribuye²⁹. Jean Leclercq trae ciertas precisiones que nos interesan sobremanera, en función del pensamiento de Hildegarda sobre el tema.

En primer término y refiriéndose concretamente al concepto que de la mujer se tenía en el siglo XII, distingue entre el que sustentaban los maestros escolásticos, y el que manifestaban los monjes en sus escritos y en sus predicaciones. Los primeros, influidos por la tradición helenístico-romana (Aristóteles, el estoicismo filosófico y la literatura satírica), se inclinan a considerar negativamente a la mujer. Juan de Salisbury, por ejemplo, y también Hildeberto de Lavardin (...1133) abogan por el celibato como la mejor condición para el filósofo, opinión que es compartida por Abelardo³⁰ y por Marbodo, obispo de Tours (...1123). Por el contrario, la gran mayoría de los monjes, desde la tradición bíblica y patristica y su elaboración teológica, valoran a la mujer y proclaman su igualdad con el hombre a los ojos de Dios. En este sentido recordamos a san Bernardo de Claraval, quien se refiere a la mujer desde la figura de María, Madre de Dios, suma y modelo de virtudes, símbolo de la Iglesia; la mujer entra así en el designio eterno de Dios hacia la humanidad. Pero también mencio-

se encuentra en el matrimonio.

²⁸ DENIS DE ROUGEMONT. *L'amour et l'Occident*. Paris: Union Générale d'Éditions, 1962, p. 95. Agradezco el dato al Dr. Javier GONZÁLEZ (UCA-CONICET).

²⁹ Seguimos en este punto los lineamientos trazados por Jean LECLERCQ en *La figura della donna nel Medioevo*. Milano: Jaca Book, 1994. 212 p. (Biblioteca di Cultura Medievale).

³⁰ En la *Expositio in Hexamerum* (Comentario a los seis días de la Creación) hace de la mujer no una imagen de Dios sino tan sólo un reflejo. El hombre, dice, supera a la mujer en sabiduría y entendimiento, y por eso la serpiente no intentó tentarlo sino que fue en busca de la mujer, quien siempre está tras los placeres, engaños y mentiras (LECLERCQ, *Ob. cit.*, p. 52)

na el santo la presencia femenina en Dios mismo: en la imagen de la madre cuyo amor no le permite olvidarse de su hijo (*Is* 49,15), en la Sabiduría de Dios que preside el acto creador... Cuando habla de Eva, no le atribuye la totalidad de la culpa primera y dice que ella pecó por ignorancia, en tanto Adán lo hizo por debilidad, y porque prefirió cumplir los deseos de su esposa antes que los de su Creador y Señor³¹. Y reiteradamente trae el ejemplo de las virtudes y las conductas de diversas mujeres de la Sagrada Escritura. También Aelredo de Rievaulx habla de un Cristo-Madre, que alimenta en su seno a todos sus hijos³². Y los ejemplos se multiplican.

[*En sus obras, y principalmente en Scivias, la abadesa de Bingen presenta lo que se ha dado en llamar “los rostros femeninos de Dios”, uno de los temas favoritos de la teología contemporánea. Un testimonio más de la actualidad de esta mujer de más de novecientos años.*]

En segundo lugar encontramos la referencia positiva al amor conyugal, de gran importancia frente a las afirmaciones de los cátaros, y en abierto contraste con las generalizaciones provenientes del amor cortés, que darían la expresión “amor conyugal” como una *contradictio in terminis*. También aquí los escolásticos aparecen considerando el matrimonio como un remedio contra el desorden de la concupiscencia, en tanto los monjes continuamente recurren a la imagen del matrimonio para expresar la relación mística que une al alma con su Dios. Leclercq trae un maravilloso texto atribuido a Aelredo de Rievaulx, en el que la metáfora sirve para explicar la acción del Espíritu Santo en María, cuyo fruto es la Encarnación del Verbo: “En la unión carnal entre el hombre y la mujer acontece una generación por obra de ambos, pero sólo a condición de que entrambos reine el amor, la unión de voluntad y placer”. Entre los teólogos, el término “amor” se aplicaba únicamente al sentimiento propio de los cónyuges, que resulta aquí enaltecido por la presencia conjunta de la voluntad y del deleite. El amor así concebido es plena realización de lo humano.

[*La valoración del amor conyugal y la afirmación de su existencia ya en el Paraíso, antes de la caída original, son dos temas a los que Hildegarda dedica grandes tramos en sus obras, y principalmente en Scivias y en Causae et Curae*

³¹ *Ibid.*, p. 43.

³² *Ibid.*, p. 54.

(Las causas y los remedios de las enfermedades). También es significativa su tipología de la mujer, en la que hace lugar a la consideración de la aptitud de la mujer para la relación sexual y la concepción de los hijos.]

En cuanto al monacato femenino nos encontramos con que, si bien su existencia data de antiguo, en el siglo XII presenta determinadas características que se relacionan con la consideración de la mujer en dicha época. Un monasterio, el de Santa María de Fontevraud, puede servirnos de punto de referencia al respecto. Fue fundado por Roberto de Arbrissel en el año 1096, como una orden mixta, es decir, de religiosos y religiosas que habitan casas separadas y se reúnen tan sólo en la iglesia –situada entre ambas– para la oración y los oficios litúrgicos. Régine Pernoud nos dice que pocos años después contaba ya con trescientas monjas y unos setenta frailes³³, regidos, por disposición del fundador, por una abadesa a quienes tanto varones como mujeres debían obediencia. Además esta abadesa tenía que ser una viuda, es decir, una mujer con experiencia de matrimonio. Tan peculiar monasterio ganó pronto gran fama y atrajo a numerosos miembros de la nobleza y a mujeres que signaron la historia de Francia y de Inglaterra, como Leonor de Aquitania, quien halló en Fontevraud la morada de su último descanso, junto a su esposo Enrique y su hijo Ricardo. La estatua yacente de la bella Leonor nos la presenta con un libro abierto entre las manos, y la alusión no es sólo a la cultura de la reina.

En efecto, en el siglo XII no era extraño ni mucho menos encontrar mujeres que supieran leer y escribir, y que cultivaran la literatura clásica. La fuente de tales conocimientos eran los monasterios femeninos, en los que se admitía a niñas y niños (éstos, sólo hasta los doce años) y se les enseñaba a leer y a cantar, dándoles así la posibilidad de participar en la liturgia³⁴. Las niñas que luego continuaban sus estudios –las futuras religiosas– aprendían por lo general a escribir, a pintar, avanzaban en el conocimiento de la Sagrada Escritura, y recibían una buena formación en artes liberales (según los lineamientos proporcionados por San Agustín para la formación del cristiano) y en la cultura patristica. Precisamente en el monasterio de Argenteuil recibió Eloísa la esmerada educación que

³³ PERNOUD, Régine. *La mujer en el tiempo de las catedrales*. Trad. de Marta Vassallo. Barcelona: Juan Granica, 1982 (Colección Plural. Historia), p. 135.

³⁴ "[...] en esa época aprender a leer significa ante todo aprender a cantar; comienzan cantando salmos, después reconocen por escrito los términos que ya son familiares al oído, de acuerdo con un método global que la nueva pedagogía ha vuelto a descubrir en nuestros días" (*Ibid.*, p. 74)

asombró luego a sus contemporáneos, y que continuó con su por entonces maestro Abelardo; abundan en sus cartas las citas y las referencias a Séneca, Ovidio, Lucano, Horacio, Cicerón, san Agustín, san Jerónimo, Aristóteles, Boecio y, por supuesto, las Sagradas Escrituras³⁵. Famosa por sus poesías fue María de Francia; la reina Matilde, esposa del rey de Inglaterra Enrique I, mujer de notable instrucción, protegió a estudiosos y poetas como Marbodo de Rennes e Hildeberto de Le Mans, que le dedicaron varias de sus obras. En la vida religiosa destacan la monja Hrotswitha, abadesa de Gandersheim, poseedora de una cultura clásica exquisita, que escribió comedias imitando a Terencio³⁶, además de una gesta histórica sobre el emperador Otón I; Gertrudis la Grande, autora de *El Heraldo del Amor Divino*; Herrada de Landsberg escribió una enciclopedia, *El jardín de las delicias*, para la instrucción de sus monjas. Así, la mujer hermosa, culta, piadosa y de múltiple actuación en el mundo³⁷ se convierte en una figura ideal que inspirará al hombre –caballero, monje o sacerdote– ese sentir cortesano tan propio del siglo XII, y para el que la literatura clásica proporciona modelos y formas de expresión adecuados (aun con la peligrosa secuela de paganismo y de erotismo que sus imágenes traen consigo).

Tal es el siglo de Hildegarda, con sus luces y sus sombras, sus voces y sus silencios.

Libertad 1144, 7º "B"
CP 1012, Capital Federal

³⁵ DRONKE, Peter. *Las escritoras de la Edad Media*. Trad. de Jordi Ainaud. Barcelona: Crítica, 1995 (Colección Drakontos), p. 153-94.

³⁶ PERNOUD, R. *La mujer en el tiempo de las catedrales*, p. 50.

³⁷ En cada una de sus páginas, PERNOUD nos habla de esta mujer.